

## INTRODUCCIÓN

A somarse a la ventana del universo femenino, tan infinito en sus matices, es siempre un motivo de satisfacción. Hacerlo limitando el foco a Madrid permite acercarse, desde otra perspectiva, a la historia y la evolución de la capital y sus alrededores. La mujer ha sido, durante muchas épocas, la parte invisible de la sociedad, la que no aparecía en los libros. Pero desde que el mundo es mundo han estado ahí, ocupando su mitad.

Desde los tiempos en que Madrid no sabía que lo era, cuando los paquidermos o los enormes uros convivían con los primeros habitantes de las riberas del Manzanares, ya había mujeres allí. Y estuvieron también en tiempos de los romanos, en la Edad Media y durante la Edad Moderna. Avanzando, dando pasos, sumando cada vez más nombres a la nómina de madrileñas destacables: en el arte, en la ciencia, en la empresa, en la religión, en la política, en el deporte... Así hasta llegar al siglo xx.

Identificarlas, ponerle nombre y una somera biografía a algunas de ellas —una mínima parte; la punta del iceberg de lo aún por descubrir— ha sido un camino laborioso y apasionante, con oportunidades diarias para descubrir más sobre la grandeza del ser humano, sea cual sea su género. Con ese ánimo ofrezco esta obra. No pretende ser exhaustiva —sería imposible— ni erudita —carezco de las habilidades, la paciencia y el talento necesarios—. Son sólo esos primeros tramos de escalera que el lector curioso puede continuar subiendo a partir de ahora.

## *Capítulo 1.*

# LA PREHISTORIA EN MADRID: NUESTRAS PRIMERAS ANTEPASADAS

### LAS PRIMERAS MADRILEÑAS

Madrid no sabía todavía que lo era, pero ya pisaban su suelo hombres, mujeres y niños. Hablamos de hace cientos de miles de años, en torno a los trescientos mil antes de Cristo, cuando los márgenes del Manzanares, a su paso por Carabanchel, Rivas-Vaciamadrid, Arganda o Perales del Río, eran el refugio de primitivas poblaciones de lo que alguien podría considerar protomadrileños. O incluso antes: hay datos que apuntan que los primeros pobladores madrileños ocuparon zonas en el entorno de la actual Pinilla del Valle, en el valle de Lozoya, hace unos 350 000 años — aunque en el Museo de los Orígenes se pueden ver herramientas y joyas de hace casi 500 000—. Se asentaron aquí por sus abundantes recursos naturales, entre ellos las aguas del río Manzanares y de otros como el Jarama o el Alberche.

El paisaje madrileño era entonces una especie de vergel con abundancia de agua y vegetación y donde convivían muchas especies de animales. Yacimientos y hallazgos arqueológicos permiten reconstruir lo que

fue la realidad de las primeras mujeres que habitaron la tierra que más tarde fue Madrid: no sólo cómo vivieron, sino también en qué creían y cómo murieron. Mujeres, niñas, adultas, jóvenes, adolescentes, cubiertas de joyas o en absoluta sencillez, son muchas las damas madrileñas que dejaron huella ya en tiempos de nuestros *tataratataratatarabuelos*. Incluso una elefanta hembra tuvo a bien morir —y probablemente, también vivir— sobre suelo madrileño.

Ellos, y ellas, vivían en cabañas o en cuevas, recolectaban plantas y frutos, y cazaban. Convivían con una fauna impensable a los ojos de hoy en día: mamuts, cérvidos, lobos, bisonte estepario, rinoceronte de Merck, los primeros toros, conocidos como *Bos primigenius*... Animales que uno podía ver bebiendo en el río o trotando por la pradera y de los que se han encontrado restos en lugares ahora tan transitados como Cuatro Vientos —el Arenal de las Baquerías del Torero—, la carretera de Andalucía —yacimiento de El Sotillo— o el puente de la Princesa —Prado de los Llaneros—. Neandertales, sobre todo, aunque también *sapiens*, habitaron este espacio hace cientos de miles de años, y dejaron una huella que ha llegado hasta nosotros en forma de restos humanos, de útiles de piedra y hueso, de agujeros de poste de antiguas cabañas o de muestras de arte rupestre.

Gracias a eso, sabemos de la presencia de neandertales en yacimientos como La Salmedina, el arenero de Arroyo Culebro o Preresca, todos ellos situados entre Rivas-Vaciamadrid y Perales del Río. Los hombres y las mujeres que vivieron allí entonces dejaron indicios de su paso en diversas formas, como los restos del mamut de este último yacimiento —de hace ochenta mil años—, aún con señales de que sus huesos habían sido fracturados con útiles de piedra para poder alimentarse con el tuétano.

En Arganda, fueron restos de una elefanta —madrileña— los que se localizaron en las instalaciones de la empresa Áridos S. A. de Arganda. Durante los trabajos de extracción de dicha firma, los obreros tropezaron con las defensas de un gran ejemplar de *Palaeoloxodon antiquus*, concreta-

mente una hembra de esa especie, de unos treinta y cinco años de edad. Junto a estas defensas, se hallaron restos de utensilios elaborados en sílex y cuarcita, que por su forma y la técnica con que estaban hechos, datan de hace unos cuatrocientos mil años. Los estudiosos piensan que tal vez tras ellos estaban ya los primeros hominos localizados en la zona, posiblemente *Homo heidelbergensis*. No muy lejos, en Vicálvaro, se halló lo que fue, unos doscientos-trescientos mil años atrás, un taller paleolítico, Charco Hondo, donde aquellos primitivos confeccionaban sus herramientas.

Los primitivos núcleos de población de los alrededores de Madrid tendían a situarse, como marca la lógica, cerca del Manzanares, lo que les permitía fácil acceso al agua y donde además acudían con frecuencia los animales a beber, convirtiendo con ello la zona en un buen lugar donde vivir. No es difícil imaginar, en aquellas cabañas neolíticas del yacimiento de La Deseada, en Rivas-Vaciamadrid, cómo transcurría la vida de las mujeres *madrileñas*. Los restos de este poblado, situado en un terreno elevado muy cerca del río Jarama y también del Manzanares, fueron hallados casi por casualidad, durante las obras de ampliación de la línea 9 del Metro hacia Arganda.

Se conocen, por los últimos estudios realizados, muchos detalles sobre cómo transcurrían las jornadas entonces. Sabemos que en estas sociedades de cazadores y reproductores que se extendieron a lo largo del Paleolítico las mujeres se dedicaban a un abanico de actividades mucho más amplio del que en principio se pensaba. No sólo realizaban tareas relacionadas con la comida o con la crianza de los hijos, sino que también participaban en las labores de recolección de frutos y plantas, e incluso en las de caza, especialmente de pequeños y medianos mamíferos.

Que en Madrid hubo *madrileñas* antes incluso de que esta tierra se llamara así es algo documentado: existen innumerables restos de yacimientos y hallazgos arqueológicos que lo dejan meridianamente claro. Lo demuestran, por ejemplo, los restos de asentamientos humanos que se han encontrado cerca de la ermita de San Isidro, en Carabanchel Alto,

y que se corresponden con el Paleolítico. Estos pequeños grupos de moradores se diseminaban a lo largo de las terrazas del Manzanares. Los había en el arroyo Butarque, pero también en la otra margen, en La Gavia, en Perales del Río (Los Estragales), en Villaverde, en la zona del 12 de Octubre...

Había primitivas *madrileñas* viviendo a lo largo de todo el río. En La Gavia, sin ir más lejos, se han excavado dos yacimientos diferentes, uno situado sobre una terraza y al que se calculan unos 85 600 años de antigüedad, y otro algo posterior, de unos 18 500 años, situado en el fondo del valle del arroyo. Pero también los hubo en Los Estragales, junto a Perales del Río, donde hay registro de hasta tres yacimientos diferentes, el más antiguo de ellos datado en torno al Pleistoceno Medio avanzado.

Vivieron estas primeras habitantes asimismo aguas arriba de Perales: en Villaverde, en la zona denominada Arroyo de las Moreras —un afluente del Abroñigal—; y también en el área del Puente de los Tres Ojos (en Vallecas). Muchas veces, la realización de alguna obra civil de la actualidad ha sacado a la luz estos poblados donde transcurrió la vida de las *madrileñas* prehistóricas: al ampliar la línea 3 del Metro se realizaron excavaciones en la zona del Hospital 12 de Octubre, que han permitido estudiar secciones estratigráficas en los depósitos fluviales del Manzanares, en el sur de Madrid. Otro caso destacable es el del Arenero de Arriaga, en Rivas-Vaciamadrid, parte de la llamada Terraza Compleja del Manzanares, y donde aparece uno de los escasos restos conservados *in situ* de un área dedicada al despedazado de grandes mamíferos. Se calcula que aquí los grupos humanos vivieron hace en torno a 85 300 años.

De la vida de estas primeras vecinas nos quedan otras señales, además de sus antiguos hogares: por un lado, algunas herramientas de piedra de las que hacían, como bifaces, raspadores, raederas y otros elementos con los que se ayudaban para realizar diversas tareas. Y por otro, sus enterramientos. Entre ellos, el de la cueva de El Rebollosillo, en Torrelaguna,

que los estudiosos definen como un posible enterramiento colectivo que data del tercer milenio antes de Cristo.

Las cuevas naturales, como las de Las Avispas, en Patones, o La Higuera, en Torremocha del Jarama, se convirtieron muchas veces en zonas de abrigo o viviendas de temporada —para el invierno— de los primitivos habitantes de Madrid. Y también fueron lugares de enterramiento. En la de El Rebollosillo (Torrelaguna), que tiene unos veintitrés metros cuadrados de superficie, se encontraron un pequeño conjunto de restos humanos, y un cuenco. El estudio de los hallazgos permite avanzar algo sobre la edad y el sexo de quienes fueron enterrados en este punto, y también sobre su estado de salud en el momento de fallecer: son restos de dos bebés, cinco niños, dos jóvenes y doce adultos, de los que al menos uno era una mujer.

Los restos que han llegado hasta nosotros nos dan mucha información sobre cómo vivían aquellos *protomadrileños*: se sabe, por ejemplo, que entre ellos los casos de caries eran leves o moderados, lo que indica que su dieta era baja en hidratos de carbono, y también que murieron jóvenes. De hecho, casi la mitad de las piezas dentarias halladas, un 42,3 por ciento, presentan un desgaste casi nulo.

Para averiguar el sexo de los individuos localizados se analizaron los rasgos característicos de los restos hallados. Especialmente, se analiza cómo es la pelvis y otros huesos de la zona. Es de esta manera como se pudo averiguar que al menos uno de los cuerpos de El Rebollosillo corresponde a una mujer que habitó la zona y murió allí hace unos tres mil años.

Vivir en cuevas, utilizarlas para la expresión artística o para el enterramiento de los fallecidos, y en ocasiones combinando estas actividades, era algo que repetían con frecuencia nuestros antepasados. No muy lejos del Rebollosillo, en los alrededores del Pontón de la Oliva, se encuentran otras cuevas que sirvieron de refugio a los primitivos madrileños. Como la del Reguerillo, donde se encuentran grabados paleolíticos y restos ar-

queológicos posteriores a esta época, y cerámicas de la Edad de Bronce; la cueva del Aire, con restos del Neolítico; o, muy próxima, la cueva de las Avispas. Este recinto, de aproximadamente cuarenta metros de longitud, contaba con una sala central desde la que se comunicaba, a través de una grieta, con un piso inferior de unos quince metros de largo. Allí se hallaron restos de cerámica, realizados a mano, y también fragmentos óseos de una mujer adulta, de fuerte constitución, y de un niño de unos cinco años.

¿Pero cómo era una jornada cotidiana en la vida de esas primeras *madrileñas*? Sabemos, por los registros localizados y analizados, que en general vivían pocos años —es excepcional encontrar restos de cuerpos de cincuenta años o más—, tenían una dieta baja en proteínas y rica en vegetales, y soportaban una intensa actividad física, lo que ha dejado huellas, visibles incluso miles de años después, en sus huesos. Por ejemplo, se han encontrado en muchos restos óseos femeninos de la época en yacimientos madrileños signos de estesopatías, procesos inflamatorios en la zona donde ligamentos y tendones se fijan al hueso. Un reflejo, señalan los expertos, de quienes realizaron un intenso trabajo manual, por ejemplo, en actividades como moler cereales. A diferencia de ellas, a los hombres de la época se les encuentran con más frecuencia problemas en las clavículas y las piernas derivadas del levantamiento de cargas pesadas.

En cuanto a qué comían, se han realizado varios estudios sobre paleodietas, que determinan su tipología en función, entre otros factores, del tipo de desgaste de las piezas dentales. Y lo que dicen estos análisis es que las mujeres madrileñas, en torno al tercer milenio antes de Cristo, comían más frutos y vegetales y menos carne roja que los varones. En los enterramientos, hay un patrón que se repite: la presencia de enterramientos de mujeres adultas jóvenes, lo que se relaciona con muertes por dificultades en el parto.

Más ejemplos: en el Camino de las Yeseras, cerca del actual San Fernando de Henares, se realizaron hallazgos de restos humanos que tam-